

## Yo fui Comunista

(por Douglas Hyde)

Douglas Hyde, editor de noticias durante 5 años en el diario comunista inglés "Daily Worker", presentó su renuncia el 14 de marzo de 1948. Días después anunció públicamente que abandonaba el comunismo para abrazar la religión Católica junto con su esposa e hijos. Los diarios ingleses publicaron la noticia en primera página; pero el "Daily Worker" la sepultó en un resumen de 5 párrafos al final de la página 3. En sus 5 años al frente de la sección de noticias del diario comunista se reveló como un escritor de fuerza, de estilo vivaz y atractivo. En este artículo hace un recuento de su vida y expone las razones que le indujeron a renunciar al Comunismo.

La desilusión política y la gracia santificante trabajaron para convertirme de comunista en católico. Durante 20 años fui miembro activo del partido comunista, o sea desde los 18 años. Durante 8 años fui directivo del único diario del partido comunista inglés, el "Daily Worker", del que he sido editor de noticias en estos últimos cinco años. A los 17 años comencé a estudiar teología (iba a ser misionero metodista en la India), pero antes de finalizar el año me afilié a una organización comunista. Ahora he vuelto a desandar el camino para terminar, esta vez, como católico.

Pero nadie puede pasar tantos años trabajando, pensando y viviendo como comunista y volverse sobre sus pasos sin más complicaciones. Yo he dejado detrás de mí un grupo de gente sincera y llena de promesas a quienes convencí en el pasado que se inscribiesen en el partido; entre ellos se encuentran escritores, miembros de municipios, posibles candidatos al Parlamento, los cuales a su vez están influyendo en otros, de la manera que yo influí en ellos. He aportado conmigo al Catolicismo el conocimiento de los sindicatos ingleses, del movimiento obrero y del comunismo que sólo el editor de noticias de un periódico comunista puede poseer, además de la habilidad de pensar con rapidez

al tiempo que la situación del mundo cambia y vira, y el convencimiento de que tengo que deshacer el daño que he hecho, para tranquilidad de mi conciencia.

Al partido comunista de 1928 no le faltaba oropel para ilusionar a un joven con buena dosis de idealismo. Yo estaba interesado en la India —el movimiento nacionalista indio estaba ganándose las simpatías de muchos a ambos lados del Atlántico— y el partido comunista en Inglaterra estaba luchando por la independencia del pueblo indio. Quería identificarme con el pobre, con el desechado, con el oprimido y el perseguido. En mi concepto el comunismo luchaba por ellos. Como la mayor parte de los jóvenes, deseaba verme libre de los convencionalismos y ciertamente el comunismo rompía con todos ellos. Yo quería un mundo nuevo y el comunismo me lo ofrecía. Me sentía atraído por esos hombres que, en un mundo que parecía navegar a la deriva, sabían exactamente a dónde iban y qué medios iban a emplear.

Era para mí impresionante el oír que la revolución rusa, de la que había oído tantas atrocidades cuando niño, era la gran esperanza del mundo a pesar de todo lo que se decía. Me entusiasmaba al aprender que había que echar por la borda todos los viejos principios del pen-

sar; que la vetusta preocupación por lo bueno y la malo era pura gazmoñería; que lo único que importaba era lo que favorecía a la lucha de clases y que esta era la norma suprema para todo. El comunismo me ofrecía una filosofía de la vida nueva, completa y al parecer totalmente satisfactoria, abstrusas teorías económicas para estudiar y sobre todo acción, acción positiva, acción ininterrumpida en favor de la causa.

Algunas o todas las cosas que me atraían a mí atraen también ordinariamente a los miembros del partido comunista. De ninguna manera son malos en sí mismos y muchos de los que se enlistan en el partido son hombres excelentes que han sido encandilados por algunas cualidades irreprochables del comunismo. El pecado de los fascistas consistió en que organizaron lo más bajo y lo peor para sostener una causa mala. El pecado de los comunistas es sin embargo mucho mayor: se ganan a los más activos, inteligentes y de más porvenir entre los trabajadores y los perverten; influyen en las mejores cualidades del individuo (cualidades que están en gran demanda hoy día) corrompiéndoles para fines inmorales. Yo creo sinceramente que un comunista se puede convertir. La dificultad viene cuando los católicos empiezan a pensar que también el comunismo puede ser cristianizado.

Los católicos de Europa están descubriendo, pero ya tarde, que aquel comunismo, que ellos habían asegurado tenía tanto de bueno y con el que habían comenzado a colaborar, ahora los está destruyendo. Porque donde triunfa el comunismo, los católicos no pueden esperar sino la persecución que tiende a la total aniquilación. Pero si el comunismo es tan perverso en sus intenciones, ¿cómo se entiende que hay hombres de buena fe que permanecen tan largo tiempo en el partido? Permítaseme volver a mi historia para responder a esta pregunta con mi propia experiencia.

Los años comprendidos entre 1930 y 1935 fueron estimulantes para todo comunista. A pesar de que yo nunca estuve sin trabajo, la mayor parte de mis actividades durante este período estuvieron consagradas a aliviar a los desempleados que se congregaban diariamente ante las oficinas de trabajo, buscando un empleo que nunca llegaba. Siempre estábamos agobiados de trabajo. Demostraciones para obtener pan, trabajo o subsidios. Cargas de policía, cabezas rotas, detenciones. Los arrestos

suponían nuevas demostraciones en favor de los "prisioneros de la lucha de clases"... y comenzaba de nuevo toda una serie de juicios, detenciones y demostraciones.

Hablábamos de la crisis cada vez más profunda del capitalismo, y uno de nuestros principales teorizantes escribió un libro "La Crisis Final". Creíamos que de toda la miseria y degradación que acompañaba a la quiebra económica, había de resultar mayor entendimiento político entre los trabajadores, más apoyo a la política revolucionaria y, antes de largo tiempo, quizá a la misma revolución. La revolución vino a ser un fin en sí mismo. Cada uno tenía sus ideas acerca de lo que iba a suceder después. Empleábamos reclamos y slogans: justicia, libertad, futura sociedad sin clases, emancipación de la humanidad, fin de la explotación del hombre por el hombre. Pero sólo cada uno de nosotros sabía lo que queríamos decir con esas palabras. Cada uno vaciaba su propio significado en el molde común. Para mí, la Inglaterra comunista participaría más del socialismo de William Morris (el revolucionario artesano-artista) que del socialismo de Marx. Creo que ninguno de nosotros pensó seriamente en acomodar nuestro comunismo al modelo ruso.

Había idealistas carentes de toda teoría marxista a quienes bastaba visitar la Unión Soviética para quedar completamente desilusionados. Pero la mayor parte de los comunistas fueron comprensivos para con las fallas del sistema ruso y aún las perdonaron considerando que la Rusia zarista había padecido un retraso cultural de 100 años con respecto a la Europa Occidental y jamás había conocido tradiciones democráticas. Si el comunismo pasase al oeste quedaría enriquecido con la tradición y cultura occidental y sería menos desalmado y más fecundo.

Por aquel tiempo la amenaza de una guerra puso de nuevo en conmoción a toda la industria y el partido comunista se estableció en las fábricas. "Cada fábrica una fortaleza" era la divisa; y si en verdad había desaparecido del escenario la crisis económica, una crisis nueva y mucho más terrible amenazaba descender sobre el capitalismo. Antes de la formación del frente popular, habíamos hablado con toda franqueza de las posibilidades que nos brindaría una guerra imperialista. "Los trabajadores transformarán la guerra en una guerra civil", era la frase que resumía nuestro pensamiento. Y así, aún sin haberlo de-

clarado públicamente, sabíamos que la ruina del estado capitalista podía presentarse otra vez; y con esta idea en la cabeza, se organizó el partido en las fábricas y más tarde en las fuerzas armadas.

El vergonzoso pacto de Rusia con la Alemania nazi nos pareció una habilidosa solución militar y política, aunque el partido perdió con ello algunos de sus intelectuales; puesto que la norma marxista es el oportunismo y no la justicia, nada había de sorprendente en el pacto. Era completamente natural apoyar ahora una guerra que antes habíamos condenado, sólo porque Rusia había sido atacada. Esto significaba que poseíamos el uso de nuestro reclamo en el oeste, pero esta vez se trataba de defender la única fortaleza en posesión de los trabajadores revolucionarios internacionales. Y si Rusia vencía, podían presentarse nuevas oportunidades.

Así pues, cada comunista ayudó a Rusia por todos los medios posibles. En la industria, trabajando más para aumentar la producción; en las fuerzas armadas, mostrando la impaciencia por entrar en acción en Europa; dentro de Inglaterra, agitando la opinión para conseguir la apertura del segundo frente. Esta es la conducta que podemos esperar de los comunistas como organización, cuando entran en juego los intereses de Rusia. En estas circunstancias, el espionaje soviético es casi una extravagancia, porque cada comunista siente mayor lealtad hacia Rusia, punto focal de la revolución, que hacia otro cualquier interés y trabajará infaliblemente en beneficio de Rusia, sea cual fuere su puesto o sus responsabilidades.

Es un poco difícil determinar exactamente cuándo comenzaron mis dudas y desilusiones. Hace 5 años estuve envuelto en un pleito difamatorio con el semanario católico "Weekly Review" y, mientras me preparaba para lo que prometía ser un importante caso político, estudié las colecciones de dicho semanario y examiné con toda atención cada nuevo ejemplar a medida que llegaba, determinado a conocer lo mejor posible la posición de mi adversario. Pero al mismo tiempo ese periódico católico me enseñó muchas cosas. Mis intereses culturales habían girado siempre en torno a la Edad Media: en poesía, Chaucer y Langland; en arquitectura, el normando y el gótico; en música, canto llano y gregoriano. El "Weekly Review" me trajo a la memoria que en la Edad Media los hombres todavía amaban a Dios

y que ésta era la razón del grandioso florecimiento del espíritu humano en aquellos tiempos; que su cultura era católica y que hoy en día la Iglesia Católica es la única depositaria de aquella maravillosa cultura.

Razonar de esta suerte es manifiesta herejía para un escritor comunista de primera línea y así tuve que sepultar mi medievalismo en un compartimento separado y hermético de mi inteligencia, para poder conservarlo. Con todo no podía menos de reconocer que por las mañanas esperaba impaciente a que el repartidor pusiese sobre mi escritorio el último número de ese insignificante periódico católico. Quizá un sociólogo entenderá sin dificultad por qué en los meses siguientes trabajé con más ardor que nunca por el partido. Del "Weekly Review" pasé con toda naturalidad a G. K. Chesterton e Hilaire Belloc cuyas obras volví a leer bajo el resplandor de una nueva luz. Leí también a Eric Gill, cuya escultura me era familiar, y me sentí atraído por las ideas que defendían estos hombres.

Cuando el ejército rojo avanzaba a través de Europa Oriental y penetraba en Alemania, los muertos que dejaba tras de sí eran una inspiración pero los sobrevivientes que entraron en Berlín me confundieron muchísimo. Es verdad que venían de las zonas menos industriales y más atrasadas de Rusia; además muchas de las historias que llegaban a Inglaterra eran evidentemente exageradas. Pero la conducta de esos soldados del ejército rojo que entraban saqueando posesiones y violando mujeres como cualquier otro ejército victorioso, desvirtuaban muchas de las posibles "explicaciones". El único medio de enfrentar la situación en el "Daily Worker" era admitir francamente el atraso cultural de las regiones en que había sido reclutado el ejército ruso; pero esta admisión desvirtuó mucho nuestra propaganda de antes de la guerra, a pesar de todas las concesiones que habíamos hecho de las fallas de la política rusa.

Mis dudas crecieron al terminarse la guerra. La política rusa de intransigencia en las Naciones Unidas y en todas las conferencias, me pareció al principio la expresión natural de los tanteos políticos de postguerra; pero pronto vi que llegaba a tales extremos que se hizo claro que el comunismo en vez de unir la raza humana estaba dividiendo a los pueblos horizontal y verticalmente.

Los sucesos de la Europa Oriental eran inquietantes en extremo. Después de ha-

ber estado diciendo durante un cuarto de siglo que el comunismo no puede ser exportado, que debe ser fruto del propio suelo, Rusia comenzaba a exportarlo activamente y en gran escala a las naciones donde el ejército rojo y la N. K. V. D. tenían aún la última palabra. Yo estaba enterado que había menos de 300 miembros del partido comunista en Rumanía cuando se formó el primer gobierno de postguerra. Como en otras naciones de Europa Oriental, también en Rumanía el partido comunista pasó a ser, de la noche a la mañana, un partido de masas admitiendo en su seno a todos los ex-fascistas, decididos, aventureros, logreros y manzanillos... extraño material para organizar una nueva sociedad.

Corresponsales del "Daily Worker" fueron enviados a varias naciones dominadas por los rusos quienes, a sus debidos tiempos, iban enviando relaciones de lo que habían visto a los diversos ejecutivos del periódico. Sus reportajes parecían entusiasmar a mis colegas; para mí eran cada vez más descorazonadores. Entonces comencé a decir por primera vez: "Esto no se puede defender. Es completamente inmoral". Mi entusiasmo por el marxismo iba desmoronándose. Daba gracias a Dios de que ya no era el editor de las noticias extranjeras, el responsable por la "venta" de la política exterior de Rusia y las naciones de Europa Oriental al público inglés. Como editor de noticias mi responsabilidad se limitaba a la selección y presentación de las noticias nacionales.

Entonces se formó el Cominform y al poco tiempo nos llegó la nueva táctica del comunismo a través de sus líderes. Teníamos que oponernos al Plan Marshall y cesar nuestro apoyo al aumento de producción. Literalmente de la noche a la mañana, suspendimos nuestro trabajo y, en su lugar, comenzamos una nueva campaña, completamente opuesta a la anterior. Ese día conocí que mi rompimiento final con el comunismo era cuestión de tiempo.

Entretanto se había ido confirmando cada vez más mi admiración por la doctrina católica. Al principio me había atraído su rica cultura, pero ahora estaba interesándome en otros aspectos del pensamiento católico. Por fin llegó la noche en que reconocí que creía que todo lo que sostenía el Catolicismo, excepto en la primera y más necesaria premisa, la fe en Dios, que el comunismo había destruido en mí hacía tiempo. De-

cidí que sólo un acto de fe podría vencer este obstáculo. Uno no puede contentarse con lo que parece que cree. Llámese gracia actual o lo que se quiera; el hecho es que surtió efecto. Teníamos dos niños que habían sido bautizados en la iglesia católica de la localidad en enero, cuando yo era aún uno de los directores del diario comunista. Nosotros comenzamos nuestra instrucción por ese mismo tiempo, pero extremando las precauciones para que ningún miembro del partido comunista nos viese visitando al sacerdote.

Abandonar un movimiento al que había consagrado las actividades de mi vida adulta suponía un rompimiento radical con mis amigos y con la causa que había sido vida de mi vida. La muerte de Jan Masaryk hizo urgente y absolutamente necesario este rompimiento. Había una diferencia cualitativa entre Checoslovaquia y el resto de Europa Oriental. Los checos habían disfrutado de un alto nivel de cultura intelectual y de régimen democrático. No había excusa imaginable para cualquier forma de estado-policía en Checoslovaquia. Y sin embargo, se llegó a eso, a pesar de los esfuerzos de los líderes comunistas checos para encontrar un sistema comunista de acuerdo con las tradiciones nacionales. Se llegó a eso, porque toda otra forma democrática del comunismo sería un reproche a Rumanía, Bulgaria y otras naciones; así, los líderes checos quedaron amarrados a la línea de conducta rusa. Checoslovaquia fué obligada a acomodarse al molde común manufacturado en Moscú, una anticipación de lo que ocurrirá a todos los países occidentales que "se hagan comunistas".

Yo creo que en última instancia para nosotros el problema es comunismo o cristianismo. No pueden existir al mismo tiempo. O nos hundimos en las profundidades de una inmoralidad total o volvemos a descubrir esa fe y cultura, esos valores espirituales que en otro tiempo unieron a las diversas naciones formando un todo llamado Cristiandad. Pero hay que conquistar al comunismo por medio de una positiva acción de los católicos, no de anticomunismo meramente negativo y nunca por medio de la bomba atómica, porque el Bolchevismo prospera en la miseria y en la devastación.

("The Sign" — trad. A. D.)